

Inocencia silvestre

José Luis Caramés Lage

Inocencia silvestre

septem 
ediciones

*Al gran poeta y amigo Aurelio González Ovies
y a mis admiradas amigas portuguesas, las
señoras María Helena Carvalho dos Santos y
Ana Isabel Sousa.*

I

RECORDANDO

A MÍ, DESDE PEQUEÑO, SIEMPRE me gustó más el maíz que el trigo. Las razones verdaderas las he olvidado aunque conservo la memoria de algunas. El maíz es verde oscuro y nace separado en plantas que llegan a cierta altura para tapar los campos de una manera ordenada. Te dan espacio para correr entre sus surcos y hasta para echarte en el suelo cuando éste está seco y no te manchas de barro. Por eso, cuando te acuestas dentro de un surco en sombra y pones las manos debajo de la cabeza para tener cuidado con las piedras picudas y blancas que puedes clavarte, piensas en cosas.

Las cosas que piensas son sencillas. Primero meditas, para darte importancia, sobre la naturaleza, la tierra y las cosechas del maíz y del trigo. Piensas en su diferencia en el pan que comes. El de maíz de miga tupida y de un amarillo casi ocre. La corteza dura, quebrada y con surcos, algo oscura para ser pan diario. Preparado para empaparse en leche o en un buen café de pote. El de trigo, de miga esponjosa, llena de agujeros de aire de color blanco. La corteza marrón muy clara para mojarse en nescafé o cacao de niño mimado de familia bien.

Piensas que el maíz te gusta más, pero es de pobres y sus granos se los dan a las gallinas; que del trigo se aprovecha todo y hasta su paja hace los colchones en los que duermen los caballos de carreras y los pajares en los que puedes llegar a disfrutar con Lola y Susa que son las dos muchachas más presumidas de la aldea.

Pero yo, hasta para disfrutar, prefiero tirarme en los surcos que hay entre las largas filas de plantas altas y muy verdes que se forman en los maizales. No te pueden ver y tú puedes ver el día, la tarde o, si hay suerte, la luna en una noche de verano en medio de una buena fiesta, cogido de la mano de Julia, que era la mano que más me gustó cuando era pequeño y me escondía en los maizales para disfrutar con ella de la luna, algunos besos y de ver cómo llegaba la vida.

Tenía pensado no dormir en toda la noche y ver a los Reyes Magos o, al menos, a uno de sus pajes vestido de verde claro entrar en mi habitación. Metí la cabeza debajo de la sábana de algodón blanco levantando con fuerza aquella manta de lana de color azul oscuro que me abrigaba de una forma bastante pesada, para soplar a la humedad que aún quedaba en las sábanas de aquella parte de la cama del tercer piso del Pazo de mi abuelo, don José.

Debió de ser en uno de aquellos soplidos, siempre he tratado de soplar a los helados para calentarlos, cuando las fuerzas me fallaron y me dormí. Para mí solo fueron unos segundos de debilidad pero debió transcurrir más tiempo dado que alguna luz del día jugaba a entrar por las rendijas de las contras de la gran ventana que casi rodeaba mi habitación, la habitación del nieto de don José.

Poco a poco, la luz de la mañana se decidió a entrar en la habitación y comenzó a iluminar la estancia. La habitación era grande como lo era la cama de brazos de cobre y madera negra en la que dormíamos, la manta azul y yo y, algunas veces, en realidad pocas, el perro de mi abuelo, que se llamaba Machín y que era de color negro resplandeciente. En ella sobresalía el gran aparador de madera oscura, con su vidriera de cristal acerado y algo turbio por el paso del tiempo, que tenía una serie de cajones en donde metía

mi ropa y mis sandalias y los cuentos de Dick Turpin, el bandolero irlandés que robaba a los pobres para dárselo a los ricos, que había encontrado en el desván del Pazo, cerca del sitio de los arcones en donde estaban guardados los antifaces y las pañueletas portuguesas de vivos colores que aún quedaban sin agujerear. En la habitación había una alfombra de lana muy gruesa de color rojo oscuro en donde se había calcetado, parecía hecha a mano, con hilos muy negros, unos dibujos que parecían siluetas de castillos medievales de la época del rey Arturo. La alfombra ocupaba la mitad de la habitación y encima de ella había planificado con Toño las dos maneras de asaltar un castillo de madera del aserradero de mi abuelo y las formas que tendrían nuestras espadas de caballeros, los escudos y nuestros antifaces de bandoleros medievales.

De repente lo vi. Estaba debajo del ventanal y los nuevos rayos del día habían pasado por encima de él guardándolo un tiempo más en las sombras. Era de color negro, hecho de latón grueso que se había redondeado para darle una figura deportiva. Estaba bien soldado con tornillos de acero cuyas cabezas hacían una serie de figuras sobre el color negro del latón. El monoplaza tenía ruedas con radios que se cruzaban, un asiento hecho con guata roja y pedales para frenar y para apoyar el otro pie. El volante era también negro y lo único que no tenía aquel automóvil de carreras era el mango de las marchas pero, ¿para que lo quería? si era de una marcha sola. El Topolino, como enseguida le llamé, era una maravilla y seguro que en la cuesta hacia el aserradero alcanzaría una buena velocidad. Aquel artefacto nos daría una mayor calidad de vida pues, hasta ahora, solamente habíamos utilizado la bicicleta de Toño y el carrito de madera con ruedas de bolas que se había construido Lolo con sus propias manos de aprendiz

de electricista. El único de la pandilla que no sentía especial inclinación por las carreras era Daniel al que le gustaba mucho más el mar que la tierra y que, por eso, lo habíamos nombrado almirante de una flota de viejas barcazas que se mecían con cierta vagancia con la llegada de algunas olas al muelle de Landoy.

A las nueve de la mañana de aquel día de Reyes Magos del año 1953 la acera de la gran casona de don José se había llenado de gente para ver el Topolino. Era admirado con ojos de una envidia sin miramientos, que es menos pecaminosa que la del otro tipo. Yo, además, no me cansaba de repetir, bastante nervioso:

—El que quiera subir que lo pruebe. Se lo dejo. No pasa nada por probarlo, —dije, encantado de la vida.

Los dos hijos de la familia Pita, los dueños de la fábrica de membrillo, que se llamaban Pedro y Pablo, no salían de su asombro. El mayor de ellos, tenía un año más que yo, de eso presumía mucho, en aquel momento se les notaba llenos de la otra envidia, de la con miramientos que la hacen muy oscura. De todas formas, Pedro, dijo:

—Andrés, es una maravilla. Es un gran regalo y seguro que te lo hicieron en el taller de tu abuelo, mecánicos de verdad. Tenemos que hacer un concurso a ver quién baja la carretera al aserradero más rápido.

Los dos Pitás eran de Ferrol y no se por qué razón habían salido muy competitivos. En Ferrol, se decía en la aldea, estaban los astilleros para construir los barcos más grandes de España.

Pablo no dejaba de dar vueltas alrededor del Topolino y lo miraba con cierta extrañeza como si algo así debería de ser mágico o no existir.

—Pablo, sube hombre que no muerde, —le dije.